

¡Y él no llegaba!

Temiendo una resolución funesta, marchó en su carruaje á la calle Matignón, y allí la dijeron que el conde había salido y que se ignoraba la hora de su regreso.

Volvió á su casa, y él no había aparecido; escribió algunas líneas, y el criado volvió sin respuesta...

Sólo en la mañana siguiente, después de una noche de atroz ansiedad, recibió un pliego en cuyo sobre reconoció la letra de Poyanne; rompiólo, y leyó con avidez ¡oh, extraña contradicción del corazón de la mujer! con la misma avidez que había tenido cuarenta y ocho horas antes por la carta de Casal, las páginas siguientes:

«A las cinco de la tarde, en Passy.

»Amiga mía:

»He querido, para escribir lo que me debo y lo que os debo escribir, encerrarme en esta pequeña casa de Passy, que llamabais, en tiempos más felices, nuestro nido...

»¡Nunca os he oído pronunciar esas dos palabras tan sencillas sin que mi corazón palpitase con violencia! Ellas resumían ¡ay! lo que fué mi único ensueño, mi esperanza sagrada de muchos años, esa quimera de vivir siempre con vos una vida de amor y abnegación, en la que vos llevarais vuestro nombre y yo os hubiera tenido á cada momento

cerca de mí, prodigándome la dulzura de una presencia que habría sido, por sí sola, compensación gratisima de todas las tristezas de mi pasado, acabamiento de todas mis penas, un infinito de felicidad.

»Y estoy solo, no obstante, en esta casa, de la cual no volveréis á decir nunca ¡nuestro nido!, y contemplo los mudos objetos que me rodean, que son para mí como un festigo viviente; esa tapicería en las paredes, con su bello paisaje de árboles y campanario de aldea; esa librería giratoria, llena de los libros que leíamos juntos; esos antiguos jarrones que yo atestaba de flores para recibirlos.

»¡Ah! El amante á quien la muerte ha separado de su querida y va á ponerse de codos en la verja que rodea el sepulcro no tiene en el alma tanta melancolía como yo en este momento, peregrinando también alrededor de una tumba, de la tumba de nuestro pasado; ni tiene tanta melancolía ni tanta ternura...

»Yo quisiera que de estas páginas brotara de vos un poco de ternura; quisiera que guardaseis de mí, no la esperanza del hombre que ayer os habló en vuestra casa, sino la del amigo que piensa en vos como yo pienso en este momento, piadosa y dulcemente, con reconocimiento inexplicable por lo que me habéis dado de vuestro corazón entre estos testigos de mi pasada ventura. ¡Habéis sabido dárme-la tan grande, aun hoy mismo, en esta agonía que

me abate, soñando en los momentos en que me dejasteis amaros y en los que me amasteis, que todavía os doy gracias, sí, gracias, desde el fondo de mi corazón!

»Comprended, querida amiga mía, que no soy ingrato hacia vos, y separándome, como lo hago, sé que me habéis amado y no me habéis mentido al decirme que no podíais soportar una sombra de tristeza en mis ojos; y sé también que, en leyendo esta carta y sabiendo que marchó de Francia por largo tiempo, si no para siempre, tendréis verdadera, profunda pena.

»¿Me juzgaréis injusto si añado que la profundidad de vuestro afecto hacia mí precisamente me permite medir cuán vivo es en vuestro corazón el otro sentimiento cuya explosión ayer he presenciado? ¿Será necesario que vos estéis subyugada por ese amor nuevo para que, sabiendo cuánto sufriría yo por ello, no le hayáis impedido arraigarse y crecer en vuestro corazón?

»Ahora adivino las luchas que habéis sostenido, y el drama moral que se ha representado en vuestra alma se aparece ante mis ojos con una claridad que me permite conocer á la vez el grado de vuestra abnegación por mí, y también que esta abnegación se parece muy poco al amor.

»Vos misma habéis sido de tan buena fe, no queriendo confundir en uno solo esos dos sentimientos; porque sois altiva, no habéis querido

creer que habíais cambiado; porque sois buena, no habéis querido que yo fuese desgraciado; porque sois leal, no habéis querido admitir ni por un segundo la posibilidad de una traición al que vos considerabais como unido con vos para toda la vida.

»¡Ay, Julieta! ¡Aunque yo no hubiese oído ayer vuestro grito ni hubiese visto vuestras lágrimas cuando creíais en el desenlace fatal de nuestro duelo, sabría ya bastante, porque os conozco, por la más sencilla evidencia; pero vi aquellas lágrimas, oí aquel grito... y si marchó, es porque comprendo, ante aquellas manifestaciones de vuestro nuevo amor, que no podría soportar el hecho de mirar ese sentimiento cara á cara!

»Que luchaseis contra él ó que os rindieseis, se adivinaria ahora en vuestras tristezas y en vuestras alegrías, en vuestros cuidados por mí y en vuestro silencio; y yo no soy sino un hombre, un hombre que os ama con todo su corazón, con todas sus fuerzas, con todo su sér; un hombre á quien vos habéis amado, y á quien no podéis ni debéis pedir una energía sobrenatural.

»Además, ahora que todo lo sé, ¿tengo el derecho de poner mi dolor entre vos y una existencia nueva; mi amor, que vos no compartís, entre vuestra conciencia y lo que vos juzgáis vuestra dicha? ¿Tengo el derecho de ofreceros el espectáculo de unos celos que, os lo confieso con humildad, me creo incapaz de vencer?

»No, Julieta; me doy cuenta de todo, pasando y volviendo á pasar mentalmente por los senderos que hemos recorrido, y una necesidad invencible impone que dos seres que se han amado no vuelvan á verse cuando uno de ellos ha dejado de amar y el otro no. ¡Esto es doloroso! ¡Esto es amargo!

»¡Ah, sí! ¡Tan amargo como la muerte!

»Pero la propia estimación exige este precio, y es necesario, aunque sólo fuera por respeto á un pasado que no se puede guardar intacto, sino á condición de que sea, en efecto, verdadera, definitiva y resueltamente pasado.

»He reflexionado mucho en estas cosas, tan tristes, y también en otras, desde que á mi regreso de Besançon sospeché que podiais interesaros por otro, y he visto, en los dolores que hemos sufrido, la expiación de una felicidad que no estaba permitida; conocía ya demasiado la sinceridad de vuestros sentimientos religiosos para no entrever, detrás de la melancolía que procurabais disimular, el pesar, el remordimiento de la situación á que os había conducido vuestra ternura por mí.

»Porque yo fui el culpable, yo solo, que no siendo libre debí ocultaros un amor cuya satisfacción me estaba prohibida.

»¿Y quién sabe? Si yo hubiese tenido valor para amaros así, en la sombra y el silencio de una pasión ardiente, mortificada y pura como una piedad, quizás Aquél que todo lo ve me habría re-

compensado tan heroico esfuerzo, impidiendo se cerrasen para mí, en vuestro corazón, los manantiales de la ternura.

»¿Quién sabe si hay para ciertos amores de abnegación y de virtud una gracia misteriosa, semejante á la gracia de la fe profunda que nos permite ser siempre capaces de orar?

»Si esto es así, si hay en nosotros dos esa fatalidad de una expiación, pido á Dios, en quien hemos tenido siempre tanta confianza, aun quebrantando sus mandamientos, que su justicia caiga sólo sobre mi cabeza... y que vuestro nuevo amigo, el hombre que me ha arrebatado vuestro corazón, se haga digno de vos y comprenda qué sér de nobleza y de hermosura ha ido hacia él, á través de tantas pruebas.

»Y aquí toco un punto tan sensible, que si lo es mucho para mí, mucho también debe serlo para vos.

»Dejadme deciros, sin embargo, que aun en esto se ha verificado en mí, desde ayer, un cambio: os he hablado con dureza y amargura de ese hombre, en quien una extraña doble vista me hizo sentir el verdugo de lo que era mi ventura, y no puedo creer que yo tenga razón en todo, ni que un sér capaz de interesaros hasta el amor sea lo que he pensado que era él.

»Yo quería y debía deciros también que le juzgo de otro modo desde que su billete de excusas,

tan difícil de escribir para un hombre de su clase, me ha demostrado que se interesaba por vos, después de todo, de otro modo muy diferente de lo que yo podía pensar; porque no os he dicho ayer lo que ahora añado, para ser enteramente justo, y es que, en el terreno, y siendo lógico con su carta, ha disparado al aire.

»¡Que esto sea, lo que os escribo de él, otra explicación: la del rencor apasionado que me ha hecho no aceptar sus excusas y desear su muerte! ¡Que sea también para mí el derecho de suplicaros que reflexionéis mucho antes de proseguir por el camino en que estáis!

»¡Experimentad, estudiad el sentimiento que le pueda impulsar, ahora que sois libre de ceder al vuestro!

»El es también libre, joven, no esclavo de ningún pasado, y puede consagraros toda su vida y transformarse con vuestra noble influencia; y si ha de ser así, no digo que yo no sufriré cuando supiere que habíais reconstruido de esa manera vuestro destino; pero, sabedlo, yo os amo ahora con amor tan desinteresado, tan purificado por el martirio de estos últimos días, que encontraré en mí la manera de aceptar de lejos esa idea, con la paz de que habla el libro santo: «Os doy la paz, os doy mi paz, pero no la paz como el mundo la da...» la paz de un alma que ama y á la que se ha renunciado para siempre.

»Y adiós, amiga mía. Adiós vos, que erais la estrella de mi cielo, os digo desde este rincón sin nubes de ese cielo ya sombrío; adiós vos, que me habéis permitido vivir cuando yo estaba exhausto de fuerzas; adiós vos, por quien puedo decir hoy: «¡Alguna vez he sido dichoso!»

»No temáis ninguna resolución desesperada de un hombre que se aleja de vos con el alma llena de vos y para que vos seáis dichosa sin costaros jamás una lágrima... En mis dolorosas meditaciones de esta noche he visto delante de mí lo que me queda de existencia y he resuelto su empleo, y con mis últimas pruebas políticas he recogido la advertencia de que también debía renunciar á esa acción, renuncia que no me causa ninguna pena.

»Otro campo me espera y en él he decidido usar todo el vigor íntimo que aun guardo.

»Nuestros dolores privados serían cruelmente inútiles si nos indujesen á buscar el olvido de nuestro propio destino en la adhesión desinteresada á nuestras ideas; vos habéis conocido las mías en los días felices en que me dejabais pensar alto cerca de vos y con vos, y no tengo necesidad de deciros más sino que he resuelto ir á los Estados Unidos y trabajar en ese gran libro de filosofía social cuyo plan os había interesado y cuya ejecución y estudios no se pueden hacer sino allí y que durarán largos años.

»Mañana, cuando tengáis esta carta en las manos, ya estaré en el mar, no teniendo por horizonte sino la masa enorme de olas que rodarán, cada vez más numerosas, entre vos y yo.

»Mi carta de dimisión al presidente de la Cámara está escrita y mis asuntos principales quedaron arreglados desde la vispera del duelo; vuestro noble amigo Luis Accragne, cuya divina caridad conocéis, ha tenido la bondad de concluir detalles que me hubieran obligado á estar aquí más tiempo; vuestro nombre es el primero que ha salido de sus labios cuando le he anunciado mi resolución, y le he dicho, ¡no me hagáis mentir!, que había conversado con vos acerca de mi propósito y que le aprobabais... Ahora sólo me resta pensar en vos, con una tristeza y un dolor indescriptibles. ¿Me escribiréis, verdad?, pero no inmediatamente; dejadme elegir el momento en que pueda saber de vos sin sufrir una apasionada pena, y guardadme un puesto en la amistad con que, estando presente, no me contentaría. ¡Tengo el corazón tan enfermo, tan herido, tan sangriento!

»Pero la ausencia curará todo esto y no dejará subsistir sino la inmortal esencia de un sentimiento que se resume en estas sencillas palabras: «¡Sed dichosa, aun lejos de mí, aun sin mí!...» Adiós otra vez, amiga mía, y acuérdate de que te amo. ¿Qué más te diré? La vieja frase, tan conmovedora en los humildes, pero que te la digo desde el fon-

do de mi alma: ¡Que Dios te guarde, mi único amor!

ENRIQUE.»

*
*
*

En la hora de las separaciones irrevocables se produce un fenómeno singular, bastante análogo para los asuntos del alma al efecto de la distancia sobre la vista.

Estáis en una población, recorriendo sus calles una á una, examinando sus casas piedra por piedra; os desagrada un detalle, y después otro, y en seguida observáis todas las faltas de armonía: aquí el empleo de un estilo que contrasta con el carácter de la construcción cercana; allí la incuria de una ruina; más lejos la torpeza de un frontón mal restaurado.

Vuestra impresión no os preparaba á la energía del golpe de vista en conjunto que disfrutaseis luego, de pie, en el puente de un barco ó en la cima de una montaña, y os volvéis á mirarla, como la leyenda quiere que Boabdil se volviese á mirar á su Granada y llorarla.

La gloria del sol poniente resplandece sobre la ciudad abandonada, y envuelve en polvo de oro las iglesias que elevan sus campanarios hacia el cielo, las flechas altaneras de los monumentos, hasta las techumbres humildes de los barrios po-

bres; y el encanto retrospectivo que sentís delante de aquel admirable conjunto es el símbolo del que nos impone con tanta frecuencia la muerte cuando acompañamos al cementerio á un amigo que, á pesar de serlo, nos hizo sufrir mucho.

La línea ideal de su sér íntimo aparece con una belleza que no distinguíamos antes; su verdadera personalidad, separada de las medianías de la existencia cotidiana, se nos revela; consentimos, aun á pesar nuestro, en aplicarle los beneficios de esa gran ley humana que consiste en que toda cualidad buena tiene por condición de desarrollo ese defecto paralelo á ella.

Entonces no vemos en él sino sus buenas cualidades y derramamos lágrimas de ternura apasionada sobre aquel hombre que mientras vivió nos produjo disgustos, nos hizo víctimas de extrañas injusticias.

¿Qué prueba esto sino que vivimos y morimos solos, aisladamente, sin haber conocido por completo el corazón de los demás, sin haber mostrado claramente nuestro propio corazón?

Al día siguiente de las rupturas, que tienen con frecuencia la prolongada agonía de la muerte, la resignación se interrumpe, y á las esperanzas siguen violentos estadillos de desesperación.

Un escritor humorista ha calificado, muy delicadamente, de cristalización póstuma ese extraño cambio de punto de vista, análogo al que la señora

de Tillières tenía después de acabar la lectura de la carta de Poyanne.

Puso en sus rodillas las hojas de aquella carta en que un amigo de tantos años había dejado como una huella de su corazón, y sus lágrimas comenzaron á caer triste y dolorosamente.

Allí estaba retratado de cuerpo entero con la rectitud absoluta de un pensamiento que, aun en la hora de la separación, no aparecía desflorado ni por la más leve sospecha; con el ardor casi religioso de una pasión que le hacía encontrar una delicia de martirio en los sufrimientos del abandono; con la fe en sus ideas, fe tan profunda que le hacía recordar el gran proyecto de una historia del socialismo con ingenuidad de apóstol en aquellas páginas de despedida á una mujer adorada.

Las múltiples y variadas escenas que habían señalado las etapas de su novela fueron evocadas de una vez por Julieta; ella veía á Poyanne en el momento de su primer encuentro, y cómo desde entonces conoció que no era hombre de esta época, que su carácter permanecía intacto y rebelde á los compromisos de un siglo mortal para las conciencias intransigentes.

¡Cuán delicado fuera en su modo de obsequiarla, y cuánta ternura había sentido ella al observar que aquél recobraba la vida á su lado, curándose poco á poco de su primera herida!

Y también sentía Julieta legítimo orgullo por-

que en aquellos inolvidables tiempos él quiso distinguirse más, y sus mejores discursos en la cámara datan de entonces, de los primeros años á que la carta aludía, años en los que los dos pactaron la unión por él mantenida hasta el extremo con noble fidelidad.

¿Y ella? ¡Ah! Las lágrimas que caían de sus ojos sobre el papel, borrando la tinta de las letras, no eran solamente lágrimas de tristeza ante la hermosura de un poema de sentimiento acabado para siempre; ¡el remordimiento mezclaba en ellas sus acres asperezas!

Sí; aquel noble amigo tenía razón, aunque él no lo decía, aunque él quizás no lo sabía; y la ruptura entre ellos era necesaria, con necesidad invencible. ¿Qué había sido de aquella mujer á quien rodeaba de tanta estimación al devolverla su libertad?

Aunque ella hubiese querido impedir la marcha, protestar contra la separación, rehusar la libertad así ofrecida, no podía ni debía hacerlo. ¡Tanto la habían impresionado las frases de aquel mensaje supremo, haciendo brotar en su alma impresiones del pasado, de días ya muy lejanos, absorbiendo, borrando los sentimientos de las últimas semanas!

Aquella especie de revista de todo su ser, de todo su pasado, cuya frágil y dolorosa reliquia tenía entre sus manos, no podía durar mucho tiempo, y, sin embargo, Julieta fué tan enérgica que,

durante todo el día, no tuvo pensamientos sino para el ausente, para aquel hombre que tanto la había amado y que ya estaba lejos de ella.

Únicamente se despertó de aquel sonambulismo nostálgico y desesperado cuando, hacia la noche, llegó su amiga la señora de Candale, que la llevaba noticias del otro, del herido, á quien ella se acusaba de haber olvidado, aunque sufría también por ella.

Las condiciones de secreto pactadas en el duelo, se observaron tan fielmente, que Candale habló con su mujer acerca de la enfermedad de Raimundo como si éste padeciese de un ligero ataque de reumatismo en el brazo derecho.

—Tiene para cinco ó seis días, todo lo más—dijo la condesa.—¡Con tal que, cuando esté restablecido, no tengan uno y otro la idea de volver á empezar!

—¡Ay! No la tendrán—respondió Julieta.—Lee esta carta.

Y dió á Gabriela la carta en la que había rastro de sus lágrimas, obedeciendo á la necesidad peligrosa é irresistible de confianza que experimentamos con igual fuerza en la alegría y en la tristeza, y también á la necesidad más generosa de que su amiga apreciase debidamente la magnanimidad de aquel hombre á quien antes juzgara tan desfavorablemente.

Y ella pudo ver cómo se humedecían los ojos de la condesa de Candale, y la oyó decir:

—¡Dios mío! ¡Si yo le hubiese conocido!
Y en seguida, devolviendo la carta á Julieta, después de vacilar un instante, añadió:

—¿Pero has procurado conocer exactamente lo que sabe Casal y cómo lo sabe?

—Lo sabe todo—respondió Julieta—porque se lo he dicho yo.

—¿Tú?—interrogó la condesa.

Y vió tan turbada á la señora de Tillières, que no insistió en lo que ella adivinaba de las condiciones de aquella confidencia. ¿Luego Julieta y Raimundo se habían visto desde que éste se presentó en la calle de Tilsitt? ¿Luego habían tenido una explicación muy íntima para hacerse confesiones de esa clase?

Y, sin embargo, Gabriela, como Poyanne, no sospechaba la ignominiosa verdad.

Mas apercibióse del peligro de las relaciones que, según tal revelación, existían entre su amiga y el joven, y preguntó:

—¿Y si él procura verte, ahora que sabrá la ruptura con Poyanne? Por que la sabrá... Los periódicos hablarán de la dimisión del primer orador de la derecha y de su viaje á los Estados Unidos...

—Si él procura verme—respondió la señora de Tillières—yo le mostraré quién soy...

Esta enigmática respuesta, sobre la cual Gabriela no pidió explicaciones por temor de herir en las llagas de aquel corazón dolorido, no sobre-

tendía ninguna idea precisa; Julieta expresó con ella su resolución de no ir más adelante en su caída, resolución firmísima, aunque todavía no delineada en la forma.

Desde el momento en que salió de brazos de Casal hasta el último en que su amiga acababa de hablarla así, algún cuidado la había impedido mirar de frente su nueva situación: la idea de presentarse á su madre, la zozobra del duelo, su conversación con Poyanne, la ansiedad de lo que resultaría de todo, y cada uno de estos sucesos se la mostraba como el peor de los peligros.

Y, sin embargo, todos ellos habían pasado por ella como grandes olas que debían ahogarla, y que se retiraron sin haber destruído nada: había vuelto á ver á su madre; verificóse el duelo; el conde, con la energía de una resolución adoptada, arregló sus relaciones con ella de una manera bien definitiva.

Los problemas insolubles aparecían ya resueltos, menos el último de todos, el más temible: estaba sola y libre delante de Casal.

¿Qué pensaba de ella Raimundo? ¿Qué querría ese hombre, en quien se resumía al presente el porvenir de su vida sentimental?

¿Qué pensaba? ¿Qué querría? Cuando la condesa marchó, Julieta fué á buscar en el cajón de su *bureau*, de la misma mesita en que tantas veces se había apoyado para escribir á su primer amante, el billete que recibió del segundo en la mañana

del duelo, y leyóle otra vez con infinita melancolía, porque una comparación se la presentaba, imponiéndose, en aquella hora, y bien amarga.

La diferencia entre este billete escrito al día siguiente de la falta y la carta de despedida del conde que acababa de recibir era demasiado fuerte; las líneas de Raimundo, con su recuerdo preciso de aquella falta, con la frase «encantadora amiga,» con la alusión tan directa á una organización de sus citas futuras, no permitían que la joven se despreciase; no, no más que si Casal, en vez de tratarla de *vos*, la hubiese lanzado la afrenta de tutearla y enviarla besos...

Ella era para él una querida, como la señora de Corcieux, como la de Hacqueville, como la Ethorel; y estos nombres, que la señora de Candale pronunció al acaso el día de su primera fatal visita, después del accidente del carruaje, la vinieron á la memoria todos juntos.

¿Y por qué la juzgaría él con más indulgencia que á las otras? ¿Por qué éstas eran mujeres galantes y ella no? ¿Qué sabía él?

La verdad era que ella tuvo un amante primero que á él: ¿luego no estaría autorizado para creer que ese amante no fué el único, siquiera por la manera y por las circunstancias en que ella se había entregado á sus brazos?

Todo su sér aparecía, ante ese recuerdo, como envuelto en llamaradas de vergüenza. ¡Qué con-

traste entre aquel modo de interpretar su conducta y la imagen que el otro se formaba de ella; entre aquellos brutales deseos y el culto, la veneración que la tributaba Poyannel

¡Dios mío! ¿Qué diría él si supiese los lazos que Casal la proponía?

Mas Julieta apreció desde lejos, con precisión dolorosa, los detalles de esos lazos, y experimentó al punto la amargura que sufre un pasajero que se marea y que antes de subir á un barco siente ya náuseas en aspirar el olor de á bordo.

Ella se vió en sus carreras clandestinas por París, que fueron el secreto suplicio de sus relaciones con Poyanne, y su parada ante una puerta bajo cuyos umbrales palpitó reciamente su corazón, y su salida á escondidas y temblorosa, y su regreso á la calle Matignón; y aun recordaba que su amante Enrique, en el tiempo en que ella sufría en condiciones tan tristes, sufría también tanto como ella misma, y en vez de estimarla menos la tenía lástima. ¡Cuántas veces la pidió perdón, de rodillas, por faltas que ella sola cometió!

Pero Casal... ¿Qué sabía ella de su carácter? Que había sido delicado, tierno, sumiso, mientras la creyó libre y pura... ¡Qué cambio desde el momento en que el furor de los celos se desencadenó contra él! ¡Cuánta dureza al hablarla en su llegada á la calle de Lisbonne!

¿Qué hombre era aquel? ¿Cómo no acordarse

ahora de las frases que Poyanne había pronunciado otras veces contra él, de los sufrimientos de Paulina de Corcieux, de toda la leyenda de cinismo en que estaba envuelto el nombre de tal vividor?

Y se estremeció súbitamente con escalofrío de miedo, que no procedía sólo de lo que ella sabía acerca de las fases misteriosas de la naturaleza de aquel hombre; comprendía, adivinaba más bien, que, á pesar de sus remordimientos, á pesar de su necesidad de hacerse estimar, á pesar de su desconfianza ya despierta, pertenecería á ese hombre, fuera lo que fuera, si volviese á verle, y haría con ella lo que quisiera.

Había poseído con la posesión absoluta que no perdona, y la intensidad de las sensaciones que experimentó en sus brazos la trastornaba todavía, nada más que al acordarse de ella. ¡Aquella fué la primera vez que el total de la voluptuosidad más profunda se la había revelado!

La esclavitud de embriaguez amorosa que casi todas las mujeres rehusan confesar, y que casi todas sufren ó desean, volvía á sentirla con terror anticipado; si sucumbía otra vez, sería por su voluntad; ¡era demasiado tarde para recobrarla!

¿Y cómo resistirle si él estuviera allí, cuando sólo de pensarlo, y estando él lejos, quedábase enervada, débil, tan vacilante en su ensueño de rescatar su falta?

Esta falta explicábala un desvarío, por una sola vez, sin justificarla; pero si ella volviese á cometerla, sería su caída definitiva, la muerte de la antigua Julieta que supo conservar su altivez intacta en una situación que el mundo habría condenado.

¡Ay! Antes ella se absolvía por su mismo honor personal; pero ¿qué había sido de este honor después de su visita á Casal? ¿Qué sucedería si su primera visita no fuera sino el principio de una intriga, tanto más degradante para ella cuanto que Raimundo quiso darla su mano y hacerla su esposa?

Él también, no obstante su carácter y sus ideas, había tenido el ensueño de que Poyanne hablaba al principio de su carta; él también había querido vivir con ella una vida de amor y darla su nombre, porque entonces la estimaba.

¿Qué hacer para probarle que á pesar de tales apariencias, á pesar de la realidad de su inesperada caída, ella merecía, si no toda su estimación, por lo menos la justicia de no ser tratada como mujer galante, que nunca lo fué, ni lo era, ni lo sería jamás?

Bajo la influencia de estas reflexiones que la torturaban, y por espacio de algunos días de meditación que la dejaba libres la forzada reclusión de Casal, un proyecto empezó á bosquejarse en su mente, único que ponía de acuerdo tantos elementos contradictorios de su sér, porque satisfacía á

la par su necesidad de permanecer digna del culto que Poyanne la profesaba, y su apasionado deseo de rescatar lo que pudiera de su debilidad, su indestructible apetito de honra; y por encima de todo esto, su fantasía de elevarse en el juicio de Casal, de aquel Casal que no dejaba de amar, á un lugar más alto, más alto quizá que el anterior.

¿Si no volvía á ver nunca á Raimundo? ¿Si dejando para siempre á París antes que él pudiese reunirse con ella, y fuese á refugiarse en el asilo de la infancia y de su juventud, en aquel amado Nançay donde ya en 1870, cuando su primer desgracia, había conocido la magia consoladora de la soledad? ¿Si corriese allí y le dejase el recuerdo de una mujer que, no pudiendo ser su esposa, no quería ser su querida?

Él sabría ciertamente la marcha de Poyanne á América y no sospecharía que ella hubiese vuelto á entregarse al conde después de entregarse á él...

¿Pero cómo aceptaría esta fuga? ¿No la perseguiría en su retiro?

¡Pues ella iría más lejos aún! Dábala ejemplo valeroso el definitivo alejamiento de Poyanne después de la ruptura, y sentía que sus fuerzas se agrandarian con el peligro, y entreveía lo que es el sueño sublime de todos los enamorados de conciencia delicada cuando son presa de las tempestades borrascosas del corazón y de la suerte: la puerta de un claustro, supremo refugio contra Raimundo.

De la mujer que acaba así, en la austeridad de una celda y á la sombra de la cruz, el hombre más escéptico no puede dudar; y su ingreso en un convento la costaría tan poco á ella, anonadada, medio muerta...

Entre ella y el asilo sagrado no había otro obstáculo que la señora de Nançay.

—No—pensó Julieta—no puede ser, por causa de mamá.

Mas había en realidad otro obstáculo en que no pensaba; sería muy difícil hacer que la anciana madre aceptase la idea de un destierro absoluto, lejos de París, la idea de que renunciase á toda esperanza de volver á ver á su hija otra vez casada; mas ¿qué decirla para justificar tan súbita resolución? ¿Qué parte de la verdad confesarla para que se decidiese á consentir en ella sin desolarse de pena?

La aprensión de semejante conferencia era tan viva que Julieta la dilataba de la mañana á la noche y de la noche á la mañana, y seguramente habría retrocedido si en la tarde del cuarto día no hubiese escuchado el anuncio de la próxima llegada de Raimundo.

Cuando ella volvía de su largo y solitario paseo por el *Bois* supo que un mandadero había llevado, en su ausencia, á la calle Matignón, una maravillosa *corbeille* de rosas y orquídeas, y entre las dos asas iba prendido un billete cuya letra la abrasó

los ojos sólo con mirarla, aunque los rasgos estaban alterados, como hechos por una mano que dirige difícilmente la pluma.

Reconoció la letra, con lápiz trazada en una tarjeta, y leyó lo siguiente:

«Las primeras palabras que puedo escribir son para tranquilizar á mi amiga y preguntarla á qué hora podré presentarme en su casa mañana, que será mi primera salida.—R. C.»

Julieta, mientras leía ese billete, que debió de costar al herido un gran esfuerzo, aspiraba el voluptuoso aroma de las rosas, que la envolvía como una caricia, y á la vez de aquel papel, que habían tocado los dedos del joven, subía hacia ella como un deseo de posesión.

Mas de repente, cual si ella hubiese rechazado un sortilegio, rasgó el billete en cien pedazos, que arrojó al viento por la ventana abierta del jardín.

Y luego, llevando al vestíbulo la *corbeille* de las peligrosas flores, volvió á su cuarto para caer de rodillas y orar.

¿Qué pasó en aquella alma angustiada durante una hora, que fué ciertamente *la hora* de su vida? ¿Hay, como ha supuesto el instinto en todas las edades, en la plegaria así lanzada, por un corazón que sufre, hacia el Sér Supremo, autor de todo destino, una virtud reparadora, una probabilidad de obtener ayuda en los desfallecimientos de la voluntad?

¿Fué en tal instante, y por pacto secreto consigo misma, cuando Julieta pronunció, ante su conciencia, el voto que debía cumplir un año más tarde?

Cuando se levantó, después de la oración, una llama resplandecía en sus pupilas y un pensamiento iluminaba su frente; subió en seguida al aposento de su madre, quien, al verla así, como transfigurada, dijola con asombro:

—¿Qué me anuncias con esa fisonomía tan alterada?

—Una resolución que os ruego aprobéis, querida mamá, aunque os parezca poco razonable—respondió Julieta.—Marcho á Nançay esta tarde.

—¡Pero es insensato, hija mía!—respondió la madre.—¿Olvidas que el médico te ha puesto en observación, como él dice?...

—¡Ah! ¡Se trata de mi salud!—respondió la señora de Tillières.

Y en seguida, gravemente, casi con aire trágico, añadió:

—Se trata ahora de saber si tendréis por hija á una mujer que pueda abrazaros sin ruborizarse ó á una desgraciada...

—¿Una desgraciada?—repitió con estupor la señora de Nançay.

Y obligando á Julieta á sentarse en un taburete á sus pies, y acariciándola los cabellos con ternura infinita, prosiguió: